

Januario Espinosa

## La carrera literaria

(Conclusión)

### IV



OS corresponde entrar al tercer grupo: los que persistieron, y debemos comenzar por aquellos que desaparecieron prematuramente, sin alcanzar a realizar la obra que soñaron.

Se destaca en primer lugar la figura de Luis Ross Mujica, a quien Thomson aplicaba, con justeza, el epíteto de «vibrante». Ross vibraba de continuo ante la literatura, vivía para ella y por ella. Casi no existía escritor de primer orden que no conociera: su espíritu, hambriento de saber y de belleza artística iba del uno al otro, y vivía rodeado de los mejores libros; éstos lo acompañaban en la calle, lo seguirían en el sueño. Sus admiraciones eran numerosas, y no escatimaba sus elogios y frases de estímulo para los escritores nacionales en quienes veía un porvenir brillante. Lo que alcanzó a realizar antes de su temprana muerte en tierra española, queda en la revista «Panthesis», que él

fundara y dirigiera, y en libro «Más allá del Atlántico» que publicara la editorial Sempere de Valencia. No podría decirse que Sara Hübner muriera en la flor de la edad, aunque era joven todavía cuando la inexorable vino en su busca; lo indudable es que no alcanzó a realizar por completo su obra. Su espíritu inquieto no le permitía sino andar como el picaflor entre el verso, a lo lejos, algún ensayo o una charla periodística, de crítica social; al fin habría llegado al reposo y abordado, por ejemplo, la novela, para la cual tendría grandes condiciones. De su capacidad para los versos da una completa idea su *Plegaria*:

Señor, aquí me tienes con los pies destrozados,  
 Hecha un andrajo vivo y entumida de hiel...  
 Por todos los caminos fué mi acento angustiado,  
 Llamando al amor mío, a mi panal de miel.  
 Y si no hemos de hallarnos, haz polvo de mis huesos,  
 Desgájame la carne y ahógame la voz.  
 No hay maldición más ruda que esta ansia de sus besos  
 Oh! Cristo de los hombres, ten piedad de los dos.

Abelardo Varela se estrenó en «La Revista Cómica», primera semana de mayo de 1896, con *Vesper*:

El dios de la augusta belleza triunfante  
 ferrudo fustiga,  
 y en un mar sangrante  
 sumerge la rauda, fogosa cuadriga.

Imitación muy estrecha de Rubén Darío; pero iba adquiriendo más personalidad en sus versos, cuando apremiado por íntimas dificultades, se quitó la vida.

Alberto Moreno, poeta de Valparaíso, escribió muy poco, pero lo que alcanzó a dar a la publicidad bastaba para calificarlo entre los mejores. Lo mismo podría decirse de Romeo Murga, segado por la tuberculosis a los 21 años; y de Raimundo Echeverría Larrazábal, víctima también de la peste blanca, y que nos dejó entre otros versos sus «Leyendas del mar», demasiado conocidas, para que las repitamos aquí.

Julio Munizaga Ossandón se estrenó en la revista «Penumbra» de La Serena en 1907, y obtuvo el primer premio con su Plegaria a María en unos juegos florales en 1914. Murió en Punta Arenas diez años después, dejando sólo un libro de versos. «Las rutas ilusorias». Ocupaba entre los poetas un lugar distinguido, pero se esperaba mucho más de su pluma.

Gran papel desempeñó en la literatura, Marcial Cabrera Guerra, pero más de animador que de productor: ocioso sería repetir cuanto influjo tuvo su revista «Pluma y Lápiz», en donde tantos escritores de primera fila hicieron sus primeras armas. En nuestras búsquedas, no hemos encontrado más versos suyos que aquellos tan conocidos: «Perfil de mujer»:

No era de ella la belleza fatua  
de la mujer sin expresión y seca,  
de la mujer estatua  
y la mujer muñeca.

Perdió su tiempo en pequeñas crónicas que firmaba «Jean Guerrette» y tal vez en la vida de bohemia, hasta que se hundió en la locura y en la muerte. Pudo hacer grandes cosas: altas dotes tenía para ello.

Sobre José Domingo Gómez Rojas, muerto en la Casa de Orates en 1920, después de haber estado preso y sometido a procedimientos policiales, por el delito de profesar ideas avanzadas, ya se ha escrito bastante y sus versos son de sobra conocidos. Hay acuerdo unánime para considerarlo una gran promesa tronchada en flor.

↓ Samuel y Baldomero Lillo tenían un hermano, llamado Emilio, que alcanzó a publicar algunos cuentos, de carácter criollista, en las revistas de hace cuarenta años: uno, «El buey muerto», fué incluido en las «Velas del Ateneo». No alcanzó a dar su producción en un libro. Murió en 1908.

↓ Germán Luco Cruchaga, que empezó como dibujante caricaturista, abordó el teatro con gran fortuna, pues produjo una comedia «La viuda de Apablaza», que figura entre lo mejor del teatro chileno, había ensayado el cuento en sus últimos años con iguales disposiciones felices, y cuando se preparaba para algo de mayores proporciones, la novela, llegó la que no perdona en plena madurez: los 40 años.

↓ María Monvel, caída en la eterna sombra antes de llegar a la mitad del camino de la vida, se había fraguado, con toda justicia, una reputación en América con sus versos, y progresó tanto en este sentido que su

último libro encerró lo mejor del total de su obra. Pero, sin duda, habría llegado a mucho más altura en la novela: una corta que le publicó la editorial de don José S. Gallay en 1928, mostró facultades sobresalientes que habría podido desarrollar después.

\* \* \*

Entramos ahora a los de producción intermitente, es decir a los que ponen entre sus libros largos lapsos de silencio.

|| Uno de los casos de mayor realce es el de don Julio Vicuña Cifuentes. Se estrenó en el N.º 1 de «La Revista Cómica», el 4 de agosto de 1895:

√ A una coqueta

Vano es que hoy trates de abjurar la maña  
del coquetismo vil, y en vano sueña  
tu pecho amor, y en reparar se empeña  
el hondo mal que originó su saña.

Tu pensada virtud que el mundo extraña  
rápida en el abismo se despeña  
y sin que seas de evitarlo dueña  
hoy ni a los ciegos tu hermosura engaña.

Ya aunque te esfuerces por hacer de niña,  
el vecindario no te apea el doña,  
por más que airada tu impotencia gruña.

Con tus cabellos la emprendió la tiña,  
con tus mejillas la senil ponzoña  
y ya en tu fama la opinión rasguña.

Otros versos publicó por aquellos años, y en seguida calló para no reaparecer hasta 1920, cuando publicó su colección de versos «Cosecha de Otoño», que fué su triunfo y consagración. Ahí están «La verdadera alegría» y «La mimosita», muy populares. Publicó muy poco en seguida, hasta su muerte.

Don Luis Orrego Luco, que llegó a su mayor altura con su novela «Casa Grande», ha publicado después otros libros, pero poniendo por medio amplias lagunas. Ahora calla desde hace varios años.

Rafael Maluenda apareció en el número correspondiente a septiembre de 1904, de la revista «Chile Ilustrado», que editaba la Litografía Barcelona y que dirigía Manuel Magallanes Moure, con el cuento «Rebelión» que empieza:

«A poco de sonar la campana, empezaron a llegar los peones, con tardos pasos, canturreando entre dientes, para echarse en cualquier sitio debajo del corredor.

«Anochecía. En el cielo comenzaban a encenderse las estrellas; el viento agitaba las hojas y la tierra permanecía quieta, en descanso. Todo se iba perdiendo en la vaguedad de las sombras y los pálidos colores de los campos se desleían en el vaho neblinoso que lentamente envolvía los objetos. Los árboles pare-

cían pardas manchas que recortaban pedazos de cielo entre sus perfiles esfumados».

Por el mismo tiempo, Maluenda leyó en el «Ateneo» su cuento «El rodeo» que le dió inmediata notoriedad. Con este cuento encabezó su libro «Escenas de la vida campesina», editado en 1909 y que fué un triunfo para él. Igualmente victorioso fué «Los ciegos», en que aparece su novela corta «Eloísa», que es una pequeña obra maestra. En seguida, tres novelas cortas «Venidos a menos», que terminaron de consagrarlo como uno de los grandes escritores chilenos. Cuando residía en Chillán, en 1920, nos dió «La pachacha», novela corta, un modelo de sátira social y de destreza literaria. Siguieron con largos intervalos sus novelas «La señorita Ana», «El diario de una profesora» y «La cantinera de las trenzas rubias», y la colección de cuentos «Colmena humana, que resultan inferiores a su producción primitiva. En realidad, absorbido por la política primero y luego por el periodismo, Rafael Maluenda ha seguido publicando, para mantener el nombre, pero no con el fervor y la hondura de sus tiempos de mocedad. También entre sus últimos libros hay largas lagunas. Sabemos que pronto publicará una novela.

✓ A Edgardo Garrido Merino lo vemos entrenarse en el segundo «Pluma y Lápiz», dirigido por Santiván, de 16 de agosto de 1912 con la «Cena de Pierrot»:

«Pierrot tiene mucho cerebro, mucho criterio: pero

desgraciadamente este último tiene por vecinos a un corazón muy desobediente.

«A pesar de que su cerebro niega la existencia de un verdadero amor, el corazoncillo juguetón anda siempre a caza de aventuras, disparando flechas a imaginarios blancos».

Ya había estrenado algunas piezas teatrales en un acto. Después se dedicó a escribir cuentos que publicaba en las revistas. No tardó en irse al extranjero: de Buenos Aires nos llegó una colección de cuentos que la crítica trató favorablemente. Y pasó largo tiempo de ausencia, hasta que, viniendo de España en 1933, nos trajo, editada allá, su novela «El hombre en la montaña» que mereció el premio municipal nuestro, y que había tenido un gran éxito de crítica en la península. Poco después se publicaba también en España «Saetas en el cielo», relatos maravillosos, basados en las cantigas del rey don Alfonso el Sabio, que también tuvo una acogida gloriosa. Después... nada.

En la antología «Selva Lírica», publicada en 1917, aparecieron versos de Lautaro García; por ejemplo, «El cura» que empieza:

Este cura de pueblo tiene un nombre de santo,  
tiene un hermano viejo y una suave sobrina,  
que en el mes de María letaniza en su canto  
las santas soñaciones con su voz cristalina.

Triunfó Lautaro García en el teatro con su come-

dia «La oveja negra» y hace unos ocho años con una novela, basada en recuerdos personales, que mereció el premio Roma, otorgado por Italia. Fué a viajar por aquel país, y desde su regreso no ha publicado nada. «En «Sucesos» de 14 de enero de 1909, publicó Benjamín Velasco Reyes un soneto titulado «En la casa de Orates» y con el subtítulo «Visita al poeta Marcial Cabrera Guerra»:

Habitación sencilla, Una cama, una mesa.  
El poeta, sentado, meditabundo se halla  
sobre el lecho. En la mano descansa la cabeza  
de atropellado numen como un volcán que estalla.

El poeta está loco. El poeta atraviesa  
las zonas del delirio en confusa batalla.  
En su mirada, mezcla de amargura y grandeza,  
el fulgor se vislumbra del genio que avasalla.

El poeta medita. Tal vez los pensamientos  
como visión satánica acuden en tropel  
a su mente, y se cambian en sombras y tormentos.

¡Dejadle! Que un poeta es grande en su locura,  
ella es la precursora de su viaje a la altura,  
a obtener de la Gloria el inmortal laurel!

La misma revista le publicó en enero 15 de 1910, «¡Surgel», dedicado a Lucila Godoy: Gabriela Mistral firmaba todavía sus trabajos literarios con su nombre civil:

Surge del caos a la luz hermosa  
del grandioso ideal tu alma de artista,  
como surge fecundo de la tierra  
el germen vegetal de la semilla  
que se transforma en planta.

No desprecies  
ni el más leve crepúsculo de vida  
cerebral. Quien nació con don del cielo,  
quien recibió el calor de la divina  
chispa en el organismo primitivo  
y que predestinada fué a ser la hija  
del Arte, debe proseguir la senda  
que le marca el Destino, la ancha vía  
de la Verdad y la Belleza!

Quien empezó en esta forma prometedora ha publicado apenas dos libros después, y en los diarios algunos versos de cuando en cuando. Ha sido una víctima de la llamada «vida de Bohemia».

Pedro Siena, que mostró tan felices disposiciones para los versos en su juventud, después ha publicado una novela, además de una colección de sus versos, y ha callado, dedicado a la escena.

Oscar Lanús ha dado versos y cuentos en revistas y periódicos, algunos de gran mérito, pero no reúne nada en volumen. Su producción es intermitente.

\* \* \*

Entramos al grupo de los que no abandonaron la pluma hasta su muerte. Algunos, aunque de vida corta,

alcanzaron a realizar su obra y a dejar un nombre bien puesto en la historia literaria.

↓ Antonio Bórquez Solar, según sus biógrafos, empezó a publicar versos en un periódico de su tierra, Ancud, en 1886; pero en Santiago comenzó en «La Ley» en 1895, y en «La Revista Cómica» de la quinta semana de marzo de 1896, con «Sobre un cuadro», que empieza:

Es un himno, un poema  
donde se engarzan las triunfales rimas;  
tienen el rasgo, la luz, el colorido  
de las ideas cimas.

Mucho iba a progresar después este poeta. Así, en el N.º 58 de «Pluma y Lápiz», a comienzos de 1902, encontramos «A Cloris»:

Tu tiempo de hermosura está cortado.  
Bordeas ya los lagos del Olvido.  
Peca una vez de amor, que es buen pecado:  
si no quieres pecar, ¿a qué has venido?

En los dos años que precedieron a su muerte, aunque atacado por la parálisis, no cesaba de pensar en terminar sus memorias, las que aun están inéditas y que algún día habrán de publicarse: traerán, sin duda, muchos datos para la historia de nuestra literatura.

↓ Pedro Antonio González también comenzó en «La

Ley» e igualmente encontramos sus primeros versos en «La Revista Cómica»: en la tercera semana de enero de 1896, apareció «Acuarela».

(Para Carlos A. Silva Cruz).

Bajo el tul de la pálida bruma,  
 en el tibio crepúsculo vago,  
 se dan besos de luz y de espuma  
 la estrella y el lago.

Y confunden sus rítmicas ondas  
 en las sienes de mármol de Ucle,  
 de las pálidas vírgenes blondas,  
 el aura y el bucle.

Después lo vemos colaborar en «Luz y Sombra», en «Pluma y Lápiz», en «La Ilustración», etc. La segunda de estas revistas le dedicó un número especial con ocasión de su muerte, acaecida el 11 de octubre de 1903.

Carlos Pezoa Véliz, aparece por primera vez en el N.º 11 de «Luz y Sombra», 2 de junio de 1900, con el «Brindis de un Bohemio» fechado en Santiago el 4 de mayo anterior:

No escupáis a los beodos que perecen  
 aturdiendo en el verso sus olores  
 si no odiáis a la embriaguez, odiad las flores  
 que, ebrias de sol, en la mañana crecen.

Después siguió escribiendo número a número en la misma revista. Esto no le impidió colaborar en «Pluma y Lápiz»: en el N.º 16, febrero de 1901, aparece «La Traidora»:

Hecha a mirar imbéciles esclavos  
dándote ensangrentados corazones,  
echas a mí tus ruegos y traiciones  
como turba feroz de perros bravos.

Había concurrido al certamen abierto por «La Lira Chilena», en septiembre de 1901, y fué derrotado por Luis Galdames. Murió en 1907.

Carlos R. Mondaca se inició en el N.º 12 de «La Ilustración» (primera semana de junio de 1900) con «Entre las sombras», firmado Carlos R. Mondaca C.

La blanca perla de negra noche  
brillaba triste con su luz de plata,  
y en el cristal del adormido lago  
la reflejaban las ondinas mansas.

Así como Pezoa, era Mondaca un productor tardío. Sólo dos años después, junio de 1902, vuelven a aparecer otros versos suyos en «La Ilustración», los titulados «Estela», con igual firma, que empiezan:

Cual la imagen postrera en la vidriosa  
pupila del cadáver, en mis ojos  
grabáronse tus formas de una diosa  
y tu faz que a los ángeles da enojos.

En «Sucesos» del 14 de octubre de 1904, encontramos unos versos remitidos de Serena, con la firma «Carlos R. Mondaca y C.»:

Cada vez que mi faz enflaquecida  
 Voy a ver en la luna de un espejo,  
 Siento en el corazón como una herida  
 Y triste y melancólico me alejo.

Hay tal abatimiento en mi semblante  
 Tanta desolación en mi pupila,  
 Tanta hiel en la risa que anhelante  
 Sobre mis labios pálidos oscila!

Manuel Magallanes, que empezó firmándose «M. Magallanes Moure», se estrenó en el N.º 7 de «Pluma y Lápiz» con un artículo sobre el pintor Plaza Ferrand. En el N.º 8 (enero 20 de 1901) publicó «La siesta en el campo»:

En el vetusto corredor, hundido  
 en una confortable mecedora,  
 paso en dulce quietud la ardiente hora  
 del calor a la sombra guarnecido.

Siguió colaborando asiduamente en la misma revista. En el N.º 109, Cabrera Guerra la definió en un artículo:

«No contorsiona sus versos, a la moda del día, ni teje sus hilos líricos a la manera funambulesca y en-

marañada de las demás arañas literarias de este tiempo suyo. No diré que haga bien en esto, pero tampoco creo que haga mal. Lo principal es siempre ser propio y ser sincero. Y esta espontánea sinceridad, esta genuina manera sencilla y sentimental, es honda e inherente a Manuel Magallanes, hasta el punto que hasta sus mismos arranques pasionales van contraídos y amortiguados por la evocación obsesora de memoranzas sentimentales»

Ignacio Pérez Kallens, que después se transformó en «Leonardo Pena», había comenzado con pequeños ensayos o con poemas en prosa en el Anexo Literario de «La Ley». También escribió en «Pluma y Lápiz»: en el N.º 89, 17 de agosto de 1902, nos encontramos con una «Balada de los muertos», y en el número subsiguiente con una «Leyenda». Su «Yo», que tanto revuelo iba a producir, por sus arrogancias e incongruencias, debería aparecer cinco años después. Y a los ataques de la crítica respondió, imperturbable, con nuevos libros. En uno se refirió, bajo nombre supuesto, a una escritora conocida, lo que provocó, en defensa, el libro «La sombra inquieta», por Alone. Cuando bordeaba los 30 años, se trasladó a París, y de allí enviaba correspondencias de cuando en cuando para algún diario o revista. Hizo lo que pudo por la propaganda de nuestro país, pero el Gobierno no lo ayudó en nada. Murió por allá en la miseria, dejando varias obras inéditas. Allá se casó y tuvo hijos.

↓ Francisco Contreras, se inició en «Pluma y Lápiz»: en el N.º 59 se publicó «País Primavera», con la firma Francisco M. A. Contreras V. Deberían pasar unos dos o tres años para que se sacudiera de tantas iniciales. He aquí la primera estrofa de «País»:

El campo en la primavera  
Luce sus nuevos verdores,  
Y flores de muchos colores  
Abigarran la pradera.

Como Leonardo Pena, se trasladó joven a París, y allá murió pobremente. Pero trabajó mucho: redactaba la sección hispanoamericana de «Mercure de France» y publicó dos novelas, en español y en francés.

↓ Federico Gana, según dijimos al comenzar, figuraba en la lista de colaboradores publicada al iniciarse «Pluma y Lápiz», pero muy rara vez apareció algún trabajo suyo. En «Zig-Zag» se iba a mostrar más asiduo con sus «Manchas de color». Los cuentos que le dieron renombre, reunidos en un volumen bajo el título de «Días de campo», habían aparecido en diarios o revistas después de 1891.

Es digno de notar que el nombre de Baldomero Lillo no aparece para nada en ninguna de las revistas de aquel tiempo. Había brotado de la obscuridad con su cuento «Sub-terra», que le premiaron en un certamen de la «Revista Católica», a fines del pasado siglo. Después publicó tardíamente cuentos en «El Fe-

rrrocarril». Fué en 1903 cuando apareció su primer libro.

En el mismo certamen obtuvo el primer premio con su poema «Flor del monte», Luis Felipe Contardo. Sólo habían aparecido versos suyos en una revista de estudiantes que duró muy poco. Así, puede decirse que nacieron a la celebridad el mismo día y por igual mano un gran cuentista y un gran poeta. Tampoco aparece nada de Contardo en las revistas que más circulaban por aquel tiempo.

(Continuará).